



ORACION FUNEBRE

DEL MUY ALTO, MUY EXCELENTE
Y MUY PODEROSO PRINCIPE
FELIPE V.
REY DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS.

Placebat, tam Domino, quam hominibus.

Era igualmente amado de Dios y de los hombres. *Lib. 1. de los Reyes, cap. 2.*

* Al Señor
Delfín.

SEÑOR. *



Es cosa tan rara que se agrade à Dios sin desagradar à los hombres; y es tan difícil agradar à los hombres sin desagradar à Dios, que no se encuentran casi nunca los aplausos del mundo con las bendiciones de la virtud. O el mundo nos abandona, porque solo nos dedicamos à Dios; ò Dios nos reprueba, porque nos entregamos al
mun-

mundo. Y así, decir de un Rey, que durante su vida tuvo la aprobacion de Dios y la de los hombres, es reconocer en él todos los varios generos que podian acarrearle la benevolencia del Cielo y de la tierra. Es publicar, que supo reynar sobre sí propio, reynando sobre los demás; templar el esplendor de la Magestad con los encantos de la afabilidad; conciliar la condescendencia con la autoridad, la clemencia con la firmeza, la prudencia con la intrepidez, la constancia y la igualdad de animo, con las vicisitudes y las desigualdades de la vida.

Por eso, Señores, quando en las palabras de mi Texto he dicho del Augusto Monarca que excita oy nuestro universal sentimiento, lo que el Espiritu-Santo dixo de aquel célebre Caudillo del Pueblo de Dios, que estableció el Trono de Judá, que fue igualmente agradable à Dios y à los hombres, he pretendido anunciar à la entrada de mi discurso, que veriais en él el egemplo y modelo de los Reyes, el ornamento de la piedad, el espectáculo de las Naciones, el asombro de sus enemigos, la admiracion de sus vecinos, el amor y las delicias de sus vasallos.

Le vereis en efecto grande y magnanimo en todo, manifestarse siempre tan igual en la paz como en la guerra; en el secreto de su consejo, como en público; en las adversidades, como en las prosperidades de su Reyno; en los negocios politicos, como en los de la Religion; en las

oca-

ocasiones mas leves, como en las de mayor importancia. Admirareis en él un Rey liberal y magnifico; un amigo constante y generoso; un Aliado seguro y desinteresado; un Esposo fiel; un Padre tierno, un Amo indulgente; un Juez integro, un Exterminador del vicio, un Protector de la inocencia, un Remunerador de la virtud: y me atrevo à decir, que formar de él menores ideas, sería no haber seguido los sucesos de su Reynado, ò no haberle conocido.

No mezclemos, pues, cosa alguna estraña en un asunto que en sí es tan fecundo. No mezclemos nada de profano en una materia tan christiana; y no ofrezcamos à la Diadema inciensos, que solo deben ofrecerse à Dios. Al contrario: hagamos ver, que aun en el esplendor de la Corona, la virtud sola en la tierra es digna de inmortal gloria. No perdamos tiempo: Un Rey segun el corazon de Dios: *Placebat Domino*, es el asunto de la parte primera de este discurso. Un Rey segun el corazon de sus Vasallos: *Placebat hominibus*, es el de la segunda. Este es el plan del elogio fúnebre, que no temo pronunciar en presencia de los Altares, y que se debe à la memoria del muy alto, muy excelente y muy poderoso Principe Felipe V. Rey de España y de las Indias.

PARTE PRIMERA.

Dios es quien regla todos los destinos, forma todos los sucesos, y dispone generalmen

mente de todo; y sin embargo de lo que pueda decir la incredulidad de los Ateistas, ò la impiedad de los Libertinos, la prueba será sensible en el asunto que trato. Dios es quien formó al Duque de Anjou para el Trono. Dios es quien le colocó en el Trono. Dios es quien le mantuvo en el Trono. Digo que Dios le formó para el Trono, porque le dotó de todos los talentos. Digo que Dios le colocó en el Trono, porque le allanó todas las dificultades; y digo que Dios le mantuvo en el Trono, porque le concedió todos los medios. Tres articulos que me hacen decir, que fue un Rey segun el corazon de Dios: paso à probarlos.

¿ En qué señales quereis reconocer en el Duque de Anjou un Dios aplicado à formarle para el Trono? ¿ Quereisle de un Augusto Nacimiento, que le abre el camino à la Corona, y que le inspira al mismo tiempo prendas dignas de ceñirlo? ¿ Quereis verle dotado de tantas qualidades Reales, que merezca reynar aun antes que reyne? ¿ Quereis ver resplandecer en él mas virtudes Christianas, que debia ceñir Coronas algun día? Seguidme, y à cada paso reconocereis la mano de Dios.

El Duque de Anjou, habia nacido de la Augusta Casa de Borbon; y sabeis que naciendo de la sangre de nuestros Reyes, se adquieren proximas disposiciones para Reynar y vencer.

¿Es menester añadir à la grandeza de este origen las mas bellas calidades del alma que pueda exigir el Trono? A mí me toca haceros ver, que Dios las habia reunido todas en el Duque de Anjou. Desde sus tiernos años pareció perfecto. Era de animo tan suave, de corazon tan recto, tan benigno, tan afable y tan igual en el humor, que se grangeaba todas las voluntades: prendas todas tan reelevantes, que le anunciaban con anticipacion el Trono y la Magestad.

Aun mas: todo su carácter era en particular tan conforme al genio de la prudente y juiciosa Nacion à que Dios le destinaba, que no hubo jamás tal vez caracteres mas bien parecidos. Por sí mismo se halló el Duque de Anjou qual convenia para la España: quiero decir, qual la España hubiera podido producirle ò formarle ella misma para hallarle à su gusto.

De un humor tranquilo y naturalmente reflexivo, preferia lo sólido à lo brillante, y lo serio à lo vivo y bullicioso. Por una prudencia anticipada, no fue nunca precipitado en sus juicios, ni en sus resoluciones, ni obstinado y ferreo en sus dictámenes, ni absoluto en sus voluntades, ni ardiente en sus deseos, ni impaciente en sus trabajos, ni aspero ni desabrido en sus discursos, ni bullicioso ò acelerado en sus acciones. Al contrario, aun en las diversiones de sus primeros años manifestó siempre una moderacion admirable, un natural suave, un genio afable, un corazon dócil, una bella alma,
que

que dotada de una comprehension facil, y de los mas elevados pensamientos, no tenia voluntad propia. En él se anticipó la razon à la edad, y se gobernaba en todo por la razon. Y quando considero que este fondo de madurez no provenia del cuidado de la educacion, ni de las fatigas del estudio, ni del socorro de la reflexion, sino que era visiblemente un dón particular que Dios le habia dado; y comparando despues su carácter de prudencia con el carácter de la Nacion Española, los hallo en todo tan perfectamente parecidos, que no puedo dejar de reconocer, que Dios le habia formado particularmente para la España.

¿Qué será quando hubiere añadido à tantas qualidades Reales la union de todas las virtudes Christianas? Aquí confieso, Señores, que conozco de tal manera toda la ventaja de mi asunto, que no se si es la historia de su vida, que prosigo, ò su Panegyrico, que empieza. ¿Qué gusto es el poder exaltar en él todos los mas preciosos dones de Dios, sin tener ni tiempo que exceptuar, ni defectos que disimular, ni contradicciones que temer, ni cargos que recelar; Alego, pues, la fé pública, y apelo à vuestro proprio conocimiento.

¿Quién jamás se halló mas convencido que él de todos los Misterios de nuestra Santa Religion, mas penetrado del temor de ofender à Dios, ni mas distante de decir cosa alguna contra la verdad, ni de permitir la contra la caridad?

dad? No daba oídos à los chismes de la maledicencia, ni à los artificios de la antipatía, por no exponerse à los impulsos del odio, ò del rigor: no habia complacencia ni respeto humano, que le hiciese faltar, ò ser omiso en sus obligaciones. Insensible à las alabanzas de los hombres, sordo à sus lisonjas, mudo à sus defectos, enemigo de todas sus vanas diversiones, le llamaba desde entonces su animo al retiro; y no tenia otra inclinacion, que la de cumplir con sus obligaciones, ni otro gusto, que el de la virtud, ni otra pasion, que la de mirar por su alma, ni otras delicias, que la de estar en Dios. Vuelvo à decirlo: Señores, apelo à la censura mas critica: desmientame si este elogio es excesivo: si en el centro de todos los escollos no se contemplaba en la Corte la inocencia y la regularidad de sus costumbres, como el milagro de su tiempo.

¿Pero era menester un Principe menos dotado de virtudes para un Trono tan brillante, como lo es el que Dios le destinaba? No se trataba de menos, que de reunir en sus sienas veinte y dos Coronas en una sola; proporcionar la extension de su merito à un dominio, que debia estenderse à la otra parte de los mares; establecerle en un Reyno, que por la multitud de sus dominios, parece que se oprime con la carga de su poder, y el peso de su propria grandezza. ¿Y para reynar, segun Dios, sobre Pueblos tan diversos, necesitaba de menos virtud? Es

ver-

verdad que este proyecto padeciò las mayores dificultades; pero esto mismo es lo que me hizo decir al principio, que como Dios es quien le formó para el Tono, porque le concedió todos los talentos, asi tambien es Dios quien le colocó en el trono, porque le allanó todas las dificultades.

Acordaos aqui, Señores, de lo que pasó en otro tiempo en la Casa y Familia de David, quando Dios le eligió para el Trono de Judá, y esto mismo es lo que vereis renovar en la Familia Real, quando Dios eligió al Duque de Anjou para la Corona de España. Presentan à Samuel à uno de los hijos de Isai para elevarle al Trono; y responde el Profeta, que no es este el que el Señor ha elegido: *Nec hunc elegit Dominus*. Presentanle otro, y dice: tampoco es este à quien Dios ha destinado la Corona: *Etiam hunc non elegit Dominus*. Llevanle otros muchos juntos, y prosigue: en ninguno de estos ha puesto Dios la mira: *Non elegit Dominus ex istis*. Pero luego que el joven David se le presenta, dá voces y dice: este es el que el Señor ha elegido: *Unge eum: ipse est enim*.

¿Puede haber jamás cosa mas parecida en todo, entre la Historia Sagrada, y la Historia de nuestros tiempos? Segun las leyes fundamentales de la Monarquía de España, sobre la sucesion à la Corona, debia el Delfin de Francia ocupar un Trono que habia heredado de los de-

re-

rechos de su propria Madre; pero aunque fue llamado por su nacimiento à los dos primeros Tronos de la Magestad, y deseado por su prudencia, no le destinó Dios otro, que el que le habia destinado en el Cielo: *Hunc non elegit Dominus*. A la heroyca accion de reusarlo el Padre, se hallaba naturalmente substituido el Primogenito de los Principes sus hijos; y entonces, ¿quién en todo el mundo, sino el Duque de Borgoña, era el mas digno de reemplazarle? Bien lo sabeis: coronarle, hubiera sido coronar en él todas las virtudes. Pero tampoco Dios le habia destinado Corona alguna en la tierra: *Etiam hunc non elegit Dominus*. ¿Quántos otros, menos desprendidos de la pasion de reynar, se manifestaron mas codiciosos de la misma Diadema, y pretendieron ser preferidos à nosotros? Tales eran el Archiduque de Austria, el Principe Electoral en Babiera, y el Duque de Saboya en Italia; y à buen seguro, que no les faltaban meritos. ¿Pero qué se hallaba escrito en el Cielo? Que ninguno de ellos reynaria en España: *Non elegit Dominus ex istis*. ¿Cuál era, pues, el que Dios queria coronar con una gloria tan grande? Era un Principe mas joven, tal vez, que lo era David; un Principe que tenia menos años, que Dios le daba Coronas; pero un Principe que, como David, era segun el corazon de Dios. Era el Duque de Anjou: *Unge eum: ipse est enim*.

¿Quién decidió, pues, sobre su glorioso destino? Dios, à quien solo pertenecia eleccion tan singular:

pe-

pero ¿cómo lo decidió? Notadlo bien, os ruego: por miras y motivos tan sublimes; por vias y medios tan inesperados, y de modo tan seguro y eficaz, que no es posible dejar de reconocer la obra de sus manos. No digamos nada sin pruebas.

¿Con qué mira colocó Dios al Duque de Anjou en el Trono de los Reyes Catolicos? Con la de la quietud de la Francia y de la España, y aun con la de la Religion. Durante casi un siglo hubo guerras entre España y Francia. De la division de los animos habia nacido la desunion de los corazones; y de la desigualdad de los sucesos habia provenido tambien la necesidad de los socorros; pero con el pretexto de sostener à una de las dos Naciones, que se hallaba inferior en fuerzas, habian hecho sus Aliados su propria causa; y en ellos, quanto mas se aprovechaban de la division los Principes Hereses, tanto mas padecia la Religion.

¿Qué hizo Dios para atajar, en fin, el curso de una animosidad tan fatal à la quietud de las dos Coronas, y al bien mismo de la Iglesia? Concedió al Duque de Anjou à la España; y con esta sola dadiva que la hizo, la subsanó de todas las pérdidas que podia haber padecido; concilió los animos, reunió los corazones, desvaneció los proyectos de la Heregía, y extingió así hasta la raíz de sus hostilidades.

¿De qué medios se sirvió Dios para hacerla agradable un tan gran Rey? ¡Oh providencia de

mi